

Descolonización del sujeto y resistencia del síntoma. Clínica y política en *Los condenados de la tierra**

Guillaume Sibertin-Blanc**

La obra de Frantz Fanon sigue siendo una contribución pionera, y una de las más incisivas, para una historiografía crítica que analice el rol matricial de la dominación colonial en la formación del saber-poder psiquiátrico y, a su vez, el papel desempeñado por el discurso psicopatológico en la racialización del “indígena”¹. Enunciados desde el doble epicentro clínico (el hospital de Bida-Joinville y la Escuela de Argel) y político (la Argelia en guerra) de la psiquiatría colonial francesa, los análisis de Fanon psiquiatra y militante han incluso abierto este trabajo crítico a un campo de investigación genealógica más allá de los contornos que le exigía el compromiso en la urgencia de la coyuntura, ya sea para interrogar los efectos retroactivos de las elaboraciones de la psiquiatría colonial en la clínica metropolitana, las construcciones psiquiátrico-judiciales de una “criminología científica” en las que las “nosologías comparadas del Norte de África” constituyeron una matriz discursiva nodal, o aun la persistencia de construcciones narrativas características de la psiquiatría colonial en ciertos enfoques no críticos de la etnopsiquiatría contemporánea². En Fanon mismo, sin embargo, esta tarea parece haberse enunciado desde diferentes puntos de vista que no se superponen

* Publicado originalmente con el título “Décolonisation du sujet et résistance du symptôme. Clinique et politique dans *Les Damnés de la terre*”, en *Cahiers Philosophiques* 138, 3er trimestre 2014, pp. 45-64. Traducido por Vicente Montenegro Bralic. Los editores de este *dossier* agradecen al profesor Silbertin-Blanc por su gentileza al autorizar la traducción de este artículo y por su colaboración en la revisión de la traducción.

** Profesor de filosofía contemporánea de la Universidad de París 8, Vincennes - Saint-Denis. Miembro del Instituto Universitario de Francia, y director de la revista *Actuel Marx* (París, PUF). Es autor de *Deleuze y el Anti-Edipo. La producción del deseo*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2010, y de *Política y Estado en Deleuze y Guattari: Ensayo sobre el materialismo histórico-maquínico*. Bogotá, Ediciones Uniandes, 2017. Además, ha publicado numerosos artículos sobre marxismo y filosofía francesa contemporánea.

¹ Entre las contribuciones destacables a este proyecto, ver Bégué, J.-M. *Un siècle de psychiatrie française en Algérie (1830-1839)*. París, Facultad de Medicina Saint-Antoine (memoria de CES de psiquiatría), 1989; Berthelie, R. *L'Homme maghrébin dans la littérature psychiatrique*, París, L'Harmattan, 1994; McCulloch, J. *Black Soul, White Artefact: Fanon's Clinical Psychology and Social Theory*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983; McCulloch, J. *Colonial Psychiatry and "the African Mind"*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995. En cuanto a las contribuciones psiquiátricas del propio Fanon, recordemos que varios de sus escritos han sido reeditados en el número de *L'Information psychiatrique* que le fue dedicado en 1975 (Vol. 51, N° 10, p. 1043-1176).

² Para una visión general de estos diferentes aspectos, ver el artículo de síntesis de Collignon, René. “La psychiatrie coloniale française en Algérie et au Sénégal: esquisse d'une historicisation comparative”. *Tiers-Monde*, T. 47, N° 187, 2006, p. 527-546. Se pueden encontrar desarrollos más consistentes en las actividades de la Associazione Frantz Fanon creada en Turín por Roberto Beneduce en 1997 (www.associazionefanon.com); cf. Beneduce, Roberto. “L'apport de Frantz Fanon à l'ethnopsychiatrie critique”. *Vie sociale et traitements*. N° 89, 2006, pp. 85-100.

exactamente. De los capítulos de *Piel negra, máscaras blancas* (1952) sobre el “pretendido complejo de dependencia del colonizado” y la psicopatología del “Negro”³, a los análisis de 1959 acerca de la sobredeterminación de la relación terapéutica por el contexto colonial⁴, y al desmontaje del estereotipo de la “impulsividad criminal del norafricano” con el que concluyen las “notas psiquiátricas” recogidas en 1961 en el último capítulo de *Los condenados de la tierra*⁵, no hay solamente la ampliación de una misma crítica. Allí se advierte un desplazamiento precipitado por el desencadenamiento de la guerra de liberación misma, que conduciría a Fanon a examinar las luces que arrojaba la praxis revolucionaria sobre los mecanismos de alienación psíquica en la colonia, sobre las complejas repercusiones de la lucha de liberación sobre la hermenéutica clínica, y finalmente sobre las condiciones e implicaciones de una descolonización de los saberes psicopatológicos y psiquiátricos.

Lo que quisiéramos analizar aquí son las particularidades de este punto de vista *en coyuntura*. Se tratará de reexaminar la manera en la que la cuestión clínica es planteada desde el interior, por así decirlo, de la guerra de liberación nacional, planteando la hipótesis de que esta última no le otorga simplemente un nuevo contexto de formulación y una nueva urgencia (lo que evidentemente también es el caso), sino que modifica profundamente la problemática, y transforma por consiguiente la manera misma de leer el texto fanoniano, no solamente cuando este pone explícitamente en juego una enunciación psiquiátrica, sino también allí donde esta pareciera borrarse en favor de un análisis propiamente político. Ello conducirá más exactamente a examinar aquello que desestabiliza esta división misma, o la manera en la que la cuestión clínica sigue contaminando el análisis político, con lo que el estatuto del *síntoma* en el pensamiento fanoniano se decidiría tal vez tanto en esta incertidumbre de fronteras entre clínica y política como en las viñetas de trastornos mentales fijadas por el médico psiquiatra⁶.

Para precisar primero esta hipótesis, volveremos al último capítulo de *Los condenados de la tierra* donde, asumiendo de manera ostensible su posición de clínico, poniendo incluso en escena la incongruencia que uno podría encontrarle al final de este libro, Fanon es llevado a precisar los efectos del contexto de guerra colonial y de guerra de liberación, no solo sobre las producciones sintomáticas de los sujetos en las que se encuentran agentes y pacientes (es el propósito explícito del capítulo), sino sobre las *estrategias críticas* que un pensamiento clínico decolonial debe poner en obra, y sobre las coerciones que ejerce sobre estas

³ Fanon, F. *Piel negra, máscaras blancas* [1952], capítulo IV (que comprende la famosa discusión de la *Psychologie de la colonisation* [1950] de Octave Mannoni) y capítulo VI, respectivamente.

⁴ Fanon, F. *Sociología de una revolución* [1959], capítulo IV: “Medicina y colonialismo”.

⁵ Fanon, F. *Los condenados de la tierra* [1961], capítulo V: “Guerra colonial y trastornos mentales”.

⁶ Es al menos en este sentido que, en una posteridad aún mal conocida del pensamiento de Fanon, el “esquizoanálisis” de Deleuze y Guattari podrá reivindicarse: ver Deleuze, G. y Guattari, F. *El Anti Edipo*. Barcelona, Paidós, 1985, p. 102 y ss., pp. 175-185; Caire, E. *Identités, identifications et subjectivations chez Frantz Fanon*, memoria de grado de filosofía, UFR Lettres, musique, philosophie de la Universidad de Toulouse 2 Le-Mirail, 2012; Sibertin-Blanc, G. y Legrand, S. “Capitalisme et psychanalyse: l’agencement de subjectivation Familialiste”. Goddard, J.-C. y Cornibert, N. (dir.), *Ateliers sur L’Anti-Cédipe*. Milán, Mimesis Edizioni/Genève, MetisPress, 2008, pp. 77-115.

estrategias la dinámica de la lucha de liberación. Sobre esta base volveremos selectivamente sobre los primeros capítulos del libro de 1961 para examinar allí este juego de contaminación del análisis político por la cuestión clínica, y las tensiones que de ello resultan entre lo que Fanon dice sobre los efectos subjetivos de la lucha de liberación (en particular desde el punto de vista de las economías psicopolíticas de la violencia y los efectos psíquicamente desalienantes que asigna a la politización de la contraviolencia decolonial), y aquello que se hace escuchar en el registro más implícito, pero en un sentido también más “material”, de las *estrategias de escritura* de Fanon, de sus modalidades enunciativas, de sus procesos de asignación de palabra [*mise en voix*], en definitiva, de la construcción de “sujetos”, actores o actantes que la narración fanoniana hace hablar o combatir. Procesos que tienden todos a intrincar en *un mismo espacio textual*, no solamente una “fenomenología del espíritu colonial” y un análisis táctico y estratégico del movimiento de liberación (*Los condenados de la tierra* es indiscutiblemente los dos), sino también un *espacio analítico* de puesta en juego –de localización, de repetición y de desplazamiento– de un cierto “trabajo del síntoma”, en una dimensión de *exceso* tanto en relación con el relato dialéctico de la consciencia anticolonial que conquista su libertad, como con “el análisis concreto de la situación concreta” que descifra las relaciones de fuerza en las cuales se desarrolla la lucha de liberación.

La entrada en guerra: hermenéutica clínica y vuelco en la psicosis

El comienzo del capítulo “Guerra colonial y trastornos mentales” nos pone de lleno en nuestro problema. Fanon distingue allí de inmediato el desplazamiento que impone la coyuntura actual de los análisis que recuerda haber desarrollado hace casi diez años. No se trata solamente de examinar los *impasses* psíquicos en los cuales el racismo europeo sitúa al “Negro”, ni los puntos ciegos de los saberes psicológicos y psicopatológicos forjados en la metrópolis frente a las construcciones subjetivas de los colonizados. Se trata además de analizar el tipo de construcciones sintomáticas provocadas por la dominación colonial *en el momento en que ella es impugnada por la guerra de liberación nacional*, y las patologías *producidas por esta misma guerra de descolonización*. Se distinguen así dos problemas: el de los efectos patógenos de la “situación colonial” y el de los “trastornos mentales *surgidos de la guerra de liberación nacional que realiza el pueblo argelino*”⁷. No cabe duda que puedan ser puestos en continuidad el uno con el otro: veremos incluso toda su importancia para la especificidad de las formas

⁷ Fanon, F. *Los condenados de la tierra*. México, Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 153. Subrayado nuestro. Es el objeto sobre el que Fanon, a partir del invierno de 1954-1955, se ve interpelado por la revolución argelina, cuando Pierre Chaulet y la asociación Amitiés algériennes hacen llegar la demanda urgente venida de las maquis “que se veían enfrentadas a los problemas planteados por los combatientes afectados por trastornos mentales y necesitando la intervención de un psiquiatra ‘seguro’” (Cherki, A. *Frantz Fanon, un portrait*, París, Éditions du Seuil, 2000, p. 115-116). Como lo recuerda Cherki, “en un primer momento Fanon no es contactado entonces por la revolución argelina como un pensador, sino como médico – un médico cuyas posiciones anticoloniales sin duda se han vuelto públicas, pero que sobre todo puede ayudar prácticamente y materialmente a los combatientes”, *ibíd.*, p. 116.

traumáticas del síntoma en Argelia, de acuerdo a Fanon, en relación con aquellas formas de las que se ha preocupado la clínica europea al final de las dos guerras mundiales. Pero esta continuidad arriesga obliterar una dificultad subyacente, que no consiste tanto en los contenidos del saber clínico movilizable, categorías nosológicas, tablas sintomatológicas o esquemas etiológicos (el mismo Fanon advierte al comienzo del capítulo que sobre este punto se limitará a breves indicaciones), sino en la posibilidad misma de una enunciación clínica, de un punto de vista clínico, de una acogida de la experiencia singular que un sujeto hace de su enfermedad. A riesgo de forzar heurísticamente este aspecto para hacer resaltar su dificultad, esta posibilidad parece bordeada por dos observaciones (que son también, en el cruce entre la vida y la obra, dos “apuestas”) que reducen el espacio de formulación y marcan, en último término, los umbrales de su anulación. La primera remite a la constatación hecha por Fanon en el momento del pasaje de la lucha por la independencia a la guerra de liberación, y que lo lleva a abandonar sus funciones en el hospital psiquiátrico de Blida: en vista de esta “apuesta absurda – escribe en su carta de renuncia en diciembre de 1956–, a base de continuos gastos, [de] querer hacer existir ciertos valores cuando, el derecho nulo, la desigualdad, la muerte multicotidiana del hombre se habían erigido en principios legislativos”, de querer desalienar individuos en un país donde el autóctono, “enajenado permanente en su país, vive en un estado de despersonalización”, de querer volver al individuo menos extraño a su mundo en un mundo que organiza “una deshumanización sistemática”⁸. Del otro lado, encontramos los análisis del primer capítulo de *Los condenados de la tierra* sobre las transformaciones de las economías psíquicas de la violencia y la agresividad en el pasaje a una lucha ofensiva contra el sistema colonial, que tienden a hacer desaparecer las formas más virulentas de autoagresión, abatimiento melancólico y conducta suicida⁹. En suma, la psiquiatría era de entrada imposible, ella se vuelve aquí tendencialmente inútil. Por un lado, su apuesta se vuelve absurda por el sistema de alienación, tanto subjetiva como objetiva, orquestado por el poder colonial: “¿Cómo mantener, en tal contexto, una actitud subjetiva que consiste en desalienar y que se encuentra por tanto en ruptura total con lo real del momento? Es este el impasse que Fanon señala en su carta de renuncia”¹⁰. Por el otro, su apuesta solo deja de ser absurda desplazándose, de este campo psiquiátrico forcluido, hacia el terreno político inmediato donde la heurística clínica se borraría, desapareciendo en la tarea política del rechazo de la contra-violencia y de su reorientación hacia los objetivos

⁸ Fanon, F. “Carta al Ministro Residente (1956)”. *Por la revolución africana. Escritos políticos*. México, Fondo de Cultura Económica, 1965, p. 58-61. Sobre las condiciones de la dimisión de Fanon en Blida, con motivo de una huelga severamente reprimida del personal de enfermería sindicados en la UGTA [Unión General de Trabajadores Argelinos], pero en un contexto de represión general cada vez más violento, ver A. Cherki, *op. cit.*, p. 130-132 (“El HPB [Hospital Psiquiátrico de Blida] era considerado como un verdadero nido de *fellaghas*. [...] ¿Tomó [Fanon] esta decisión únicamente para protestar contra la represión de esta huelga, o porque sabía que estaba en peligro en el corto plazo, o aún porque sus vínculos con los dirigentes del FLN [Frente de Liberación Nacional] se estaban estrechando? Es difícil decidirlo, y él mismo, sin duda, no lo hizo...”). [N. del T.: El término “*fellagha*” o “*fellaga*”, de origen árabe, es utilizado para designar a los combatientes argelinos durante la lucha por la independencia. En árabe, tiene un sentido peyorativo y significa “bandido”, “detractor” o incluso “asesino”].

⁹ Ver en particular, Fanon, F. *Op. cit.*, 20-35.

¹⁰ Cherki, A. *Op. cit.*, p. 131.

de liberación necesarios para modificar la economía psíquica, los objetos y metas¹¹. Pero es precisamente esta continuidad radicalmente *suturada* entre la situación colonial (donde la clínica es tendencialmente imposible) y la situación de guerra de descolonización (donde el proyecto de una clínica desalienante sería en último término realizada por el propio movimiento de liberación nacional), la que viene a interrumpir los “trastornos mentales surgidos de la propia guerra de liberación”. Ellos condensan, de hecho, las implicaciones altamente sobredeterminadas de la crítica de la psiquiatría colonial, implicaciones inextricablemente clínicas, epistemológicas y políticas. Reclaman la especificación de las incidencias de la guerra colonial sobre las formaciones sintomáticas a las cuales se confronta la clínica; pero también imponen medir las implicaciones de esta guerra sobre una hermenéutica clínica que, estando movilizada tanto por la guerra colonial como por la guerra de liberación, se ve ineluctablemente *politizada* en todas las dimensiones de sus “saberes” (sintomatológicos, nosográficos, etiológicos) así como también de sus prácticas (psiquiátricas y transferenciales, institucionales y subjetivas¹²). Examinando el modo en que los procesos psiquiátricos se articulan brutalmente sobre los factores actuales de la guerra colonial y decolonial, el análisis de Fanon conduce simultáneamente a *extender el campo de guerra* a las producciones del síntoma, y a *interiorizar el problema del enfoque clínico del síntoma* dentro de las dialécticas de violencia y de contra violencia de la guerra. Lo más sorprendente es pues que esta doble inclusión, o esta “síntesis disyuntiva” de lo clínico y lo político, lejos de confundir los planos respectivos, es aquello mismo

¹¹ La cuestión, como se recordará, estará nuevamente en el centro del análisis del estereotipo de la “impulsividad criminal del norafricano” al final del último capítulo.

¹² Notemos simplemente que, en cuanto a la movilización represiva de la práctica psiquiátrica como tal por el ejército colonial, ella forma un subtexto bastante transparente de casos clínicos del último capítulo de *Los condenados de la tierra*. Fanon señala allí varias veces la utilización, por los militares franceses, de instrumentos supuestamente terapéuticos con fines de tortura: ciertas sustancias químicas utilizadas como neurolépticos, adaptadas por los torturadores como suero de la verdad; los electroshock, convertidos en instrumento de tortura por electrocución; o incluso, de manera quizás más inesperada, técnicas de “lavado de cerebro” y de reacondicionamiento psicológico, en las que Fanon sugiere una desviación de las técnicas de sociodrama desarrolladas durante la posguerra en los Estados Unidos, que provoca artificialmente una suerte de hiperplastia del yo, desestructurando las identificaciones haciéndolas deslizarse las unas sobre las otras de acuerdo a órdenes o interpelaciones (Fanon, F. *op. cit.*, p. 177). No tengo conocimiento de que Fanon, no más que la gran mayoría de la profesión en esa época, haya puesto en cuestión las prácticas de electroterapia por sí mismas. Igualmente se puede considerar que, de manera general, un traslado de técnicas no compromete incondicionalmente su uso en su ámbito de empleo inicial. Se verá sin embargo que, con relación al sociodrama –que Fanon practicará en el centro neuropsiquiátrico de día de Túnez– él insistirá en que se eviten “situaciones ficticias”: “Es así que se da prioridad a las biografías de pacientes expuestos por los interesados. Esta exposición en el transcurso de la cual el paciente *muestra, comenta y se hace cargo* de sus respuestas a los conflictos, provoca tomas de posición, críticas, reservas de parte de los auditores. Correlativamente, el paciente trata de justificarse a través de sus conductas, lo que reintroduce la prioridad de la razón sobre las actitudes fantasmáticas e imaginarias”, Fanon, F. “L’hospitalisation de jour en psychiatrie, valeur et limites”. *Tunisie Médicale*, Vol. 37, N° 10, 1959, pp. 689-732, reed. en *L’Information psychiatrique*, Vol. 51, N° 10, diciembre 1975, pp. 1117-1130, p. 1121 para la cita.

que paradójicamente reabre un espacio clínico de acogida para la singularidad subjetiva del síntoma.

Se tendrá un primer vistazo de ello al volver sobre el modo en el que Fanon, esforzándose en especificar las afecciones traumáticas observadas en Argelia y luego en Túnez¹³, discute la nosología de los traumatismos de guerra producidos en Europa desde la Primera Guerra mundial¹⁴. Fanon llama particularmente la atención sobre la extensión que llega a adquirir la categoría de “psicosis reaccional”, una vez que uno se da cuenta del hecho que “el evento desencadenante” del proceso patológico, si puede identificarse en ciertos casos como tal, en muchos otros se confunde con la extrema violencia de la guerra como hecho social total, una guerra que no se distingue de las guerras europeas solamente por intensidad y por potencia “exterminista”¹⁵, sino por la manera en que precipita la segmentación racial, la heterogeneidad social, la deshumanización rutinizada, la destrucción del mundo que organizaba *ya* el régimen colonial. Es en este sentido que “esta guerra colonial es original incluso en la patología que ella secreta”. Las figuras extremas de fragmentación y despersonalización psicóticas, la virulencia de las formas melancólicas de culpa y de conductas de auto-agresión, los síntomas mortíferos que se apoderan de lo real del cuerpo, el vaciamiento de las palabras y la destrucción de la función simbólica y de sus materiales culturales catalizan en una sintomatología traumática, un traumatismo que tejía ya la tela de fondo de la clínica en la colonia, en esta situación de “colonización triunfante”¹⁶. Esta colonia no era ya otra cosa que una situación de guerra materializada, incorporada en las formas mismas de objetividad social, económica, institucional, jurídica y militar del Estado colonial. Una primera consecuencia de este análisis parece ser pues *la imposibilidad de asignar* una diferencia *clínica* entre la situación de colonización triunfante y la situación de guerra colonial. Salvo que se la identifique en un diferencial inmediatamente *político*, a saber: este índice de *resistencia* a la violencia y a la opresión coloniales en las que Fanon ve tan frecuentemente la marca fundamental de las sintomatologías de los colonizados, y que es igualmente una manera de hacer decir a la patología que la colonización no es jamás absolutamente “triumfante”. Para hacérselo decir, todavía hay que detectar las implicaciones para el *lenguaje* mismo de la enunciación clínica. El trabajo realizado por Fanon sobre el concepto metapsicológico de *mecanismo de defensa* es a este respecto emblemático. Retomando una acepción económica de las defensas del yo¹⁷, para calificar la causa etiológica mayor presente en los cuadros

¹³ Sobre la actividad clínica de Fanon en Túnez, en el hospital psiquiátrico de Manouba, luego en el servicio psiquiátrico del hospital Charles-Nicolle de Túnez, y su constante compromiso con la organización sanitaria del FLN, ver Cherki, A., *op. cit.*, pp. 163-166.

¹⁴ “Por regla general, la psiquiatría clínica reúne los diferentes trastornos presentados por nuestros enfermos bajo la rúbrica de ‘psicosis reaccionales’. Al hacerlo, se da mayor importancia al acontecimiento que ha desencadenado la enfermedad [...]. Nos parece que en los casos presentados aquí, el acontecimiento que desencadena todo es principalmente la atmósfera sanguinaria, despiadada, la generalización de prácticas inhumanas, la impresión tenaz que tienen los individuos de asistir a una verdadera apocalipsis...” Fanon, F. *Los condenados de la tierra*, *op. cit.*, p. 154.

¹⁵ Cf. Ogilvie, B. *L’Homme jetable: essai sur l’exterminisme et la violence extrême*. París, Amsterdam, 2012.

¹⁶ Fanon, F. *op. cit.*, p. 153-154.

¹⁷ Fanon, de hecho, adapta la idea de “paraexcitaciones” acuñada por Freud en su primera tópica, esto es, las operaciones a través de las cuales el sistema percepción-consciencia se

altamente psicotizantes a los cuales se confronta la psiquiatría en la colonia¹⁸, Fanon re-semantiza la noción simultáneamente en un registro agonístico y militar. O más bien, vuelve a otorgar una literalidad política a nociones que la psicología clínica había metaforizado para integrarlas a su conceptualidad (a la manera, por ejemplo, de la metáfora de la guarnición asediando una ciudad conquistada a través de la cual Freud imaginaba el trabajo “civilizador” realizado por la instancia del superyó¹⁹). Es este juego de condensación clínico-política del concepto de defensa el que orienta entonces la búsqueda fanoniana, tanto en las patologías producidas por la opresión como en los mecanismos patógenos de la resistencia a la opresión. “En el periodo de colonización no impugnada por la lucha armada, cuando la suma de excitaciones nocivas pasa de cierto umbral, las posiciones defensivas de los colonizados se desploman y éstos llenan en gran número los hospitales psiquiátricos. Hay, pues, en ese periodo tranquilo de colonización triunfante una patología mental permanente y copiosa producida directamente por la opresión”²⁰.

En otras palabras, esta patología mental no es producida por una exacerbación de los mecanismos de defensa que podría asimilarla a aquello que la nosología europea ha identificado como neurosis de defensa o psiconeurosis narcisista. Al contrario, ella demuestra la *imposibilidad* de esta salida psicótica, o la imposibilidad de toda reconstrucción narcisista capaz de soportar el colapso de las estructuras “yoicas”. En este sentido, sería tentador calificar la situación clínica “normal”, la hora serena de la “tranquila colonia”, como una situación de *traumatismo permanente*, cuando las defensas fallan al punto de volver imposible una entrada en la psicosis, en la que existiría al menos la posibilidad de la catexis*

protege de la efracción de excitaciones externas inintegrables psíquicamente y que, por tanto, escapan a toda economía de la energía psíquica en términos de “acumulación” y de “descarga”.

¹⁸ “Las posiciones defensivas surgidas de esta confrontación violenta del colonizado con el sistema colonial se organizan en una estructura que revela la personalidad colonizada. Basta simplemente para comprender esta ‘sensibilización’ apreciar el número y la profundidad de las heridas sufridas por un colonizado durante un solo día en el régimen colonial...”, Fanon, *F. op. cit.*, 153.

¹⁹ “[L]a cultura yugula el peligroso gusto agresivo del individuo debilitándolo, desarmándolo, y vigilándolo mediante una instancia situada en su interior, como si fuera una guarnición militar en la ciudad conquistada”, S. Freud, *El malestar en la cultura*, en *Obras completas. Tomo XXI*, Buenos Aires, Amorrortu, 1992, p. 120.

²⁰ F. Fanon, *Los condenados de la tierra*, p. 154.

* [N. del T.: El término “*investissement*” es empleado aquí según la traducción francesa del concepto psicoanalítico freudiano *Besetzung*, que en español suele ser traducido como “catexis” (siguiendo la traducción inglesa *cathexis*) o como “carga”, quedando el término de “inversión” —más literal— reservado para un uso estrictamente económico. En este artículo el uso del término refiere sistemáticamente al concepto psicoanalítico, el que, sin embargo, como lo señalan Laplanche y Pontalis en su *Diccionario de psicoanálisis*, es también siempre un concepto económico. La aparición del término en el texto de Fanon refiere mucho más a su sentido económico estricto antes que a su acepción psicoanalítica. Dada la referencia constante a la problemática del síntoma, esto es, al campo del psicoanálisis, optaremos por traducir alternativamente el término por “catexis” o “carga”, según mejor corresponda en su contexto. Esta es, por lo demás, la elección que sigue el traductor de la versión castellana de *El Anti Edipo*, obra que es aquí referenciada y cuya presencia se podrá reconocer a lo largo de buena parte del argumento.]

narcisista en la que un sujeto sería aun capaz de “hacer con” su síntoma. Que Fanon recuerde que “la colonización, en esencia, se presentaba ya como una gran proveedora de los hospitales psiquiátricos”²¹, ciertamente no quiere decir que ella daba lugar a la locura. Hemos visto cómo, al renunciar a sus responsabilidades de médico jefe del hospital Bilda-Joinville a fines de 1956, Fanon responderá a esta eliminación de toda acogida clínica de la locura como esa última *posibilidad de la libertad humana*²². Pero el corolario es que la subjetivación de la resistencia a la opresión cobrará inevitablemente el aspecto de una reconstrucción de mecanismos de defensa, esto es, la reapertura de una *productividad* del síntoma psicótico, lo que sugiere que un vector de psicotización redobla inevitablemente, e incluso asume necesariamente la posición de una consciencia anticolonial. Es como si estos mecanismos de defensa, en el proceso patológico que los exacerba, mostraran al mismo tiempo la reconstrucción de una capacidad política, o de una potencialidad “metapolítica” de adversidad, en las estructuras mismas del sujeto que sufre. Que la lucha de liberación nacional suscite, y tal vez pase *necesariamente* por, modalidades de psicotización de la subjetividad, no conduce ciertamente a idealizarlas, a minimizar las heridas psíquicas donde ellas arraigan, y a fantasear con una reabsorción del cuidado de su manejo clínico dentro de la lucha política por la liberación. “[L]a guerra de liberación nacional que realiza el pueblo argelino desde hace siete años, por abarcar la totalidad del pueblo, se ha convertido en terreno favorable para la eclosión de trastornos mentales...”, “tendremos que curar todavía durante muchos años las heridas múltiples y a veces indelebles infligidas a nuestros pueblos”²³. Tal es la paradoja alrededor de la cual gira el último capítulo de *Los condenados de la tierra*, y la razón por la cual Fanon le otorga esta posición terminal, no sin tensión con las proposiciones sostenidas a lo largo del primer capítulo. Si la guerra de liberación levanta incontestablemente, según él, toda una serie de *impasses* subjetivos ellos mismos patógenos, partiendo por una reorganización más plástica, menos mortífera y auto-destructiva de mociones agresivas, ¡aquello no implica hacer un proceso terapéutico! Y es que la guerra de liberación, haciendo mucho menos, hace ya esto: reabrir un campo clínico en el seno de un espacio político del que estaba literalmente prescrito (*forclos*). La guerra relanza el problema clínico, obliga a replantearlo. Ella no anuncia de ninguna manera su disipación en el seno del proceso político de liberación; hace que su apuesta, como mínimo, aunque ya es mucho, deje de ser absurda.

Dialéctica del fin del mundo: la posibilidad anticolonial de la locura

Se abre con ello una nueva perspectiva interpretativa. Sobre la base de los análisis precedentes, la cuestión nodal levantada por Fanon es saber *dónde* y bajo

²¹ Fanon, F. *op. cit.*, 153.

²² Ver en contraste el balance crítico de las experiencias llevadas a cabo en el hospital Charles-Nicolle de Túnez, para acoger la enfermedad mental como “verdadera patología de la libertad”: Fanon, F. *art. cit.*, p. 1117-1130. Cf. la sección dedicada por Fanon a Jacques Lacan en su tesis de medicina: “Le trouble mental et le trouble neurologique” [extracto de la tesis de medicina *Altérations mentales, modifications caractérielles, troubles psychiques et déficit intellectuel dans l’hérédité-dégénération spino-cérébelleuse*, 1951] en *L’Information psychiatrique*, ed. cit. p. 1087 y ss.

²³ Fanon, F. *Los condenados de la tierra*, pp. 154, 153.

qué forma la resistencia política comienza “en el sujeto” –o de manera más paradójica aun para la comprensión política: en presencia del sujeto, en el síntoma del cual se sostiene y en las formas de desplazamiento del goce [*jouissance*] de su síntoma. Pero, desde el punto de vista de la lectura del texto fanoniano, esta cuestión es correlativa a hacer audible el juego de escritura por el cual ella misma es sometida a una *doble inscripción*, y la manera en la que la inscripción clínica y la inscripción política de la subjetivación decolonial se relevan, interfieren, devienen a veces incluso indecibles. Cuando Fanon escribe, por ejemplo, que “el acontecimiento desencadenante [de la psicosis llamada reaccional] es principalmente la atmósfera sanguinaria, despiadada, la generalización de prácticas inhumanas” y “la impresión tenaz que tienen los individuos de asistir a un verdadero apocalipsis”; o aun, que es “esa guerra colonial que con mucha frecuencia se manifiesta como un auténtico genocidio” y “que trastorna y quiebra al mundo”²⁴, en realidad él dice dos cosas, o envuelve en un mismo enunciado dos planos de enunciación, cuya disociación misma es significativamente compleja en el libro de 1961. Él cualifica esta guerra en la violencia de su objetividad histórica, pero también pone de manifiesto el *sentido vivido* (idea, afecto o fantasma, poco importa por ahora) en la que esta violencia es sufrida, la *Erleibnis* de esta guerra o la manera en la que un sujeto, aunque sea en un *pathos*, que no es sin embargo una mera “pasividad”, se da a vivir algo así como un “fin del mundo”. La insistencia puesta por Fanon sobre esta atmósfera de “colapso material y moral”, de algo como un “verdadero apocalipsis”, no es menos legible en estos dos niveles: que ella indique una hiperbolización atribuible a la retórica del escritor Fanon buscando expresar la violencia “ultra-objetiva” de la coyuntura²⁵, no impide escuchar allí aquello que, desde el punto de vista de la subjetividad colonizada, adquiere la positividad paradójica de una *experiencia* en proceso de volverse posible, aunque fuese bajo la forma “ultra-subjetiva” de una dialéctica al extremo entre colapso del mundo y reconstrucción del mundo. Sería tentador vincular aquí esta experiencia del fin del mundo al análisis freudiano de la “tentativa de curación” que opera el delirio psicótico concebido precisamente como “reconstrucción”²⁶. Es más convincente aun recordar el trabajo que François Tosquelles había realizado en 1948, cuatro años antes de que Fanon coincidiera con él en la clínica Saint-Alban, en su tesis de medicina justamente consagrada a esta *Erleibnis*, a este “carácter de verdadera experiencia vivida de las ideas delirantes o de los fantasmas del fin del mundo”, tan evidente en las psicosis, pero pudiendo desarrollarse bajo las más variadas formas clínicas, obsesivas o delirantes, alucinatorias o intuitivas, pasionales o intelectuales, basadas en “recuerdos de enseñanza religiosa” o en “construcciones paracientíficas”, en “creaciones estéticas” o aun (pero Tosquelles no dice nada al respecto) en compromisos políticos²⁷. Tosquelles, por otro lado, no

²⁴ *Ibíd.*, p. 154.

²⁵ Balibar, E. *Violencia, identidades y civilidad*. Barcelona, Gedisa, 2005, pp. 33-45; *Violence et civilité: “Welleck Library Lectures” et autres essais de philosophie politique*. París, Galilée, 2010, pp. 86 y ss., 107 y ss.

²⁶ Ver el análisis clásico de Freud sobre el fantasma del fin del mundo en la psicosis, como “proyección de [una] catástrofe interior”, en Freud, S. “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente”. *Obras completas. Tomo XII*. Buenos Aires, Amorrortu, 1991, pp. 63-73.

²⁷ Tosquelles, F. *Le Vécu de la fin du monde dans la folie: le témoignage de Gérard de Nerval (1948/1986)*, reed. Grenoble, Jérôme Millon, 2012.

dejaba de recordar las tesis de Freud sobre la idea delirante del fin del mundo como elaboración de la suspensión de las cargas libidinales del objeto (“el fin del mundo es la proyección de esta catástrofe interna ya que el universo subjetivo del enfermo se acaba una vez que él le ha quitado su amor”), y del trabajo del delirio como reconstrucción de una “neo-realidad” por modificación autoplástica del yo²⁸. Le reprochaba, sin embargo, al punto de vista psicoanalítico, una comprensión demasiado negativa de la *Erlebnis* del fin del mundo, eludiendo su dinámica interna mediante aquel “verdadero comodín de la psicopatología” que es la noción de regresión²⁹. Apelaba a una elucidación más precisa de su dialéctica propia, que albergaría elementos tan recurrentes como la división maniquea del mundo, la dimensión de la querulancia, de salvación o de redención, que marcan al sujeto con una misión profética, y finalmente la carga dramática de aquel sujeto apremiado por hacerse nacer a sí mismo en el mundo que él recrea, en una dialéctica de disolución e integración. En todos estos aspectos la *Erlebnis* del fin del mundo sería ya el índice de una “defensa”, de una lucha en la que el sujeto sería a la vez la escena y el agente, vivida como la experiencia de una recreación de sí, por sí. “La frecuencia de las reacciones catastróficas en la locura y el carácter dramático que le es inherente son las consecuencias de la persistencia en la lucha, de la defensa del hombre que, anteriormente, se ha puesto en situación de inferioridad por el aislamiento parcial o total a nivel de su estructura de hombre social [...]. No hay que concebir por tanto la *Erlebnis* del fin del mundo como una *imagen* que refleja *fenómenos supuestamente reales* de un psiquismo en proceso de aniquilación. Al contrario, este acontecimiento vivido es la manifestación pura y simple de la continuidad e incluso del incremento de las fuerzas humanas.”³⁰

Qué consecuencias deducir, en cuanto a la referencia fanoniana a la experiencia del fin del mundo, sino el hecho de que allí se revelaría, no simplemente un padecer, el hecho de *soportar* la extrema violencia de la guerra colonial y sus efectos psíquicos, sino, al contrario, una potencia liminar, metapolítica, a saber, la *capacidad* del síntoma como producción o creación: la capacidad “creativa” de la locura misma, precisamente en el sentido en que “*la locura es una creación, no una pasividad*”³¹. Todo ocurre como si, allí donde la

²⁸ *Ibíd.*, p. 92-98.

²⁹ “Con la teoría freudiana, se esperaría que después del fin del mundo el enfermo quede inmóvil –pegado a una roca– en definitiva, bajo el aspecto permanente de un catatónico. Sin embargo, ¿de dónde viene esta tentativa de curación, esta reconstrucción de la que habla Freud? ¿De dónde viene este nuevo nacimiento de la vida ‘espiritual’? ¿Habría que considerar lo psíquico como una superestructura sin valor en sí y sin trascendencia para el hombre que, una vez recuperado del trastorno tóxico u otro, ‘vuelve a sus cabales’? ¿Es inútil la fantasmagoría de la enfermedad?” Tosquelles, *F. op. cit.*, p. 92.

³⁰ *Ibíd.*, p. 97. Cf. p. 93-96 y la discusión con Goldstein sobre la noción biológica de “reacción catastrófica”: “La perturbación o incluso la aniquilación de sí y del mundo no es en sí un hecho negativo sino un momento crucial de la evolución dialéctica del organismo. [...] *la reacción catastrófica es vivida como una modificación del sentido de las relaciones que nos vinculan con el otro.* [...] Se verá que la reacción catastrófica es solo un caso particular de la pareja integración-desintegración, que son fenómenos antitéticos solo en la lógica formal pero no en la dialéctica de los hechos. No hay desintegración sin integración, ni integración sin desintegración. Es solo con la profundización simultánea de esta antítesis que el fenómeno catastrófico crucial eclosiona para dar lugar a un nuevo comienzo”, *ibíd.*, p. 95-96.

³¹ *Ibíd.*, p. 98.

guerra colonial “trastorna y quiebra al mundo”, abandonando a las personas a “la impresión tenaz [...] de asistir a un verdadero apocalipsis”, la capacidad política adquiere necesariamente la forma de una “reconstrucción del mundo” inseparable de una sobrecatexis narcisista capaz de *reconstruir un “yo”*, –lo que constituye *igualmente* el proceso que la dialéctica de la liberación nacional expondrá al filo de los tres primeros capítulos de *Los condenados de la tierra*. La experiencia atmosférica del fin del mundo, que “manifiesta y expresa esta nueva existencia y, al manifestarla, la crea”, sería aquí la experiencia-límite que reabre simultáneamente un espacio posible para una clínica del sujeto, y un espacio histórico donde ese sujeto pueda situarse de nuevo políticamente, sea bajo modalidades pasionales, maniacas o querulantes, por lo demás frecuentes en la fenomenología fanoniana de la consciencia decolonial (volveremos a ello). Reexaminemos brevemente bajo este ángulo la extrañeza, señalada con frecuencia, por cierto, de la apertura de *Los condenados de la tierra*: “la descolonización es simplemente la sustitución de una ‘especie’ de hombres por otra ‘especie’ de hombres. Sin transición, hay una sustitución total, completa, absoluta. [...] esa suerte de tabla rasa que define desde el principio toda descolonización. Su importancia inusitada es que constituye, desde el primer momento, la reivindicación mínima del colonizado. A decir verdad, la prueba del éxito reside en un panorama social modificado en su totalidad. La importancia extraordinaria de ese cambio es que es deseado, reclamado, exigido [...]. La descolonización, que se propone cambiar el orden del mundo es, como se ve, un programa de desorden absoluto”³². ¿Qué estatuto asignar a esta decisión radical, “absoluta”, por la cual se enuncia (¿se reconoce? ¿se prueba? ¿se experimenta?) que entramos irreversiblemente en “la descolonización”? ¿En qué espacio puede ser registrada “esa suerte de tabla rasa que define desde el principio toda descolonización”, en qué tiempo vendría a ubicarse este “primer momento”, sin fecha y sin historia –puesto que la historicidad misma, forcluida por la dominación colonial, será reconquistada mediante la lucha por la liberación? ¿Qué estatuto otorgar a la ontología de este nacimiento del mundo, a esta “[introducción] en el ser [, de] un ritmo propio, aportado por los nuevos hombres, un nuevo lenguaje, una nueva humanidad” que se crea ella misma en el mundo que recrea? Y cuál es el “sujeto” capaz de hacer la *experiencia* de esta creación, o cuál es ese “ellos” o ese “nosotros” proyectado por recurrencia anticipativa, sujeto a la vez putativo e infrangible en el cual toda la dialéctica de la liberación expuesta por Fanon no tendrá precisamente otro contenido que el relato de su emergencia a través del desarrollo, las divisiones y las metamorfosis sucesivas de su “consciencia” (del “colonizado”, “nacional”, del “pueblo”, etc.). Sin duda, a un cierto nivel de lectura, un palimpsesto hegeliano permitiría ver allí la posición inmediata de un universal abstracto llevado a superarse en un proceso que lo enriquecerá de contenidos conflictuales cada vez más diferenciados, transformando las formas o las figuras de su consciencia y de su saber. Pero releídos a la luz del capítulo clínico de *Los condenados de la tierra*, esta apertura de la dialéctica de la consciencia decolonial, la decisión literalmente milagrosa que la inaugura, la irreductibilidad de su corte fundador a todo “voluntarismo” –puesto que es sobre el fondo de esta “elección” que una consciencia y una voluntad política podrán aparecer–, se convierten en otros tantos acontecimientos inmanentes al drama vivido de la *Erlebnis* del fin del mundo, a este proceso dinámico dentro del cual el sujeto se re-

³² Fanon, F. *Los condenados de la tierra*, p. 20. [N. del T.: Traducción modificada]

construye al mismo tiempo que se dispone –se ordena, se encomienda y se destina– a una *reconstrucción del mundo*³³. “La descolonización no pasa jamás inadvertida puesto que afecta al ser, modifica fundamentalmente al ser, transforma a los espectadores aplastados por la falta de esencia en actores privilegiados, recogidos de manera casi grandiosa por la hoz de la historia. Introduce en el ser un ritmo propio, aportado por los nuevos hombres, un nuevo lenguaje, una nueva humanidad. La descolonización realmente es creación de hombres nuevos. Pero esta creación no recibe su legitimidad de ninguna potencia sobrenatural: la ‘cosa’ colonizada se convierte en hombre en el proceso mismo por el cual se libera.”³⁴ ¿Pero se creará realmente que este “devenir hombre” sea menos “sobrenatural” por el hecho de ser su propio sujeto? Los esquemas conceptuales a través de los cuales se pueden leer filosóficamente estos enunciados, en el lenguaje de la alienación y de la reapropiación de una humanidad denegada, bien podrían ser aquí considerados más bien como pensamientos-pantalla, objetivantes y reconfortantes, pero que obliteran aquello que las fórmulas fanonianas, tomadas de manera literal, tienen de propiamente delirante: fórmulas que bien podrían enunciarse desde el seno mismo, precisamente, de la *Erlebnis* del fin del mundo y de la entrada en escena “cuasi grandiosa” del sujeto que allí se recrea una existencia: “Lo que revela el drama humano, no es la pintoresca secuencia de acontecimientos que lo constituyen sino sobre todo la existencia del héroe que, sudando de angustia, levanta la cortina para hacerse aparecer y nacer en la vida. El loco continua esta maniobra sin parar. Sus esfuerzos, su angustia, su crecimiento, al menos en ciertos momentos de su existencia patológica. A veces incluso se da cuenta de ello, cosa que todos hacemos sin darnos cuenta (darnos existencia en tanto que personas). Nuestro cuerpo y la sociedad nos facilitan la tarea, el loco debe continuar haciéndolo contra su cuerpo y contra la sociedad.”³⁵

Por consiguiente, la “praxis absoluta” en la que se presupone la narración decolonial de Fanon debería ser reconocida como una suposición perfectamente psicótica. Su evocación preliminar no tiene lugar en el texto fanoniano – no más que la evocación de la descolonización y su devenir “translúcido a sí mismo” a través del “movimiento historizante que le da forma y contenido” – en una especie de grado cero del discurso donde coincidirían, en una milagrosa anticipación a esta “translucidez” misma, el discurso de Fanon y la lógica objetiva del proceso político que aquel se limitaría a describir. Considerar de entrada la escritura de Fanon inscrita en el espacio vacío de la *Erlebnis* anticolonial, es en cambio reconocer que la escritura de Fanon está *esencialmente* trabajada por el juego de un discurso indirecto libre, en el que la voz o las voces no son aquellas de sujetos-locutores presupuestos y dados en una objetividad histórica, sino “personajes”

³³ Tosquelles escribe, bajo una inspiración kierkegaardiana: “La experiencia vivida manifiesta y expresa esta nueva existencia y, al manifestarla, la crea. La manifestación y la creación del yo es un solo acto de personalidad, y esto no por un efecto del pensamiento mágico sino por la dialéctica interna del espíritu. Que la experiencia vivida aparezca superficialmente como actuada o padecida, ella sigue siendo un estremecimiento existencial donde la elección de uno mismo surge con el imperativo de su dialéctica. [...] El déficit biológico y social que sostiene la locura plantea al enfermo el problema de la elección como necesidad ineluctable”, *op. cit.*, p. 52.

³⁴ Fanon, F. *Los condenados de la tierra*, *op. cit.*, p. 21.

³⁵ Tosquelles, F., *op. cit.*, p. 98.

inextricablemente objetivados por el proceso *histórico* e interpretados en la escena *clínica*, aquella de la experiencia del fin del mundo y de su reconstrucción.

La clínica en lucha: identificaciones, desidentificaciones, secuelas

Por lo tanto, no se trata en modo alguno de “patologizar” el análisis político de Fanon, ni tampoco de “clinizar” el proceso fenomenológico e histórico del cual trata. El problema es más bien reconocer la imposibilidad de construir un plano de pensamiento de las formas y dinámicas de la guerra de liberación que estaría pura y simplemente a salvo del trabajo del síntoma. La imposibilidad, por tanto –para dar paso a un análisis político que estaría mágicamente indemne–, de neutralizar el juego psicótico, o “contra-psicótico”, de reconstrucción de un yo defensivo que se proteja de la fragmentación y a la despersonalización producidas por la opresión colonial. La objetividad del análisis político no está irremediabilmente comprometida, no más que su eventual alcance performativo. La cuestión sería, por el contrario, comprender cómo la objetividad y la performatividad son paradójicamente condicionadas por esta puesta en juego del síntoma en la materialidad misma de la escritura fanoniana. Tomaremos, para finalizar, simplemente tres ejemplos.

El primero tiene que ver con la situación de enunciación que el análisis fanoniano moviliza, y, por lo tanto, con el tipo de espacio transferencial que su texto despliega entre los lectores a los cuales se destina y estos mismos destinatarios construidos como “personajes” en su escena de escritura³⁶. Cuando Fanon sistematiza una reinterpretación sociogénica y finalmente política de las sintomatologías de los colonizados, contra la codificación naturalizante y racializante impuesta por la neuropsiquiatría de la Escuela de Argel (Fanon mismo subraya, luego de haberle destinado múltiples páginas, que su inepticia habría podido concluirse incluso en menos), no pretende desmitificar una psiquiatría interpelada en la abstracción descontextualizada de su ciencia. El interviene en un dispositivo de enunciación que tiene por destinatario, no el cuerpo médico, ni siquiera los pacientes, sino “el militante”: ese militante que “tiene a veces la impresión fatigosa de que tiene que conducir a todo su pueblo, sacarlo del pozo, de la caverna”, que “percibe con frecuencia que no solo tiene que rechazar a las fuerzas enemigas, sino también los núcleos de desesperación cristalizados en el cuerpo del colonizado”, que trabaja en la “lucha victoriosa de un pueblo” no solamente como el “triunfo de sus derechos”, sino como el proceso por el cual él recupera “densidad, coherencia y homogeneidad”³⁷. En una palabra, un militante que aparece aquí en el discurso fanoniano, no solamente como su destinatario, sino como una instancia encargada *también* de ocupar, a su manera, una función clínica, incluso a riesgo de que se fusione con la función militante del combate político. Tal

³⁶ El famoso prefacio de Sartre a *Los condenados de la tierra* consigue su energía maniaca precisamente de la identificación pura y simple de estas dos instancias, radicalizando aun más el corte entre, por un lado, Fanon y “sus hermanos” a los cuales se dirige, y por otro, Fanon “el europeo” (y Sartre mismo que se dirige a él). Sobre la cuestión del modo de enunciación del texto sartriano, ver Butler, J. “Violencia, no violencia. Sartre en torno a Fanon”. Fanon, Frantz. *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid, Akal, 2009, p. 193-216 [N. del T.: también incluido en Butler, J. *Los sentidos del sujeto*. Barcelona, Herder, 2016].

³⁷ Fanon, F. *Los condenados de la tierra*, *op. cit.*, p. 182.

vez este juego de transferencia o delegación, discretamente operado por el texto de Fanon, podría aclarar también las afirmaciones más radicales –algunos dirían las más imprudentes, en todo caso son las más idealizantes– sobre los efectos desalienantes de la inversión de la violencia colonial, o sobre la incidencia “terapéutica” de la politización de la contra-violencia, de la que, sin embargo, Fanon no dejará de subrayar la indecidibilidad de sus secuelas. Pero uno también puede destacar la manera en la que aquello que tiende aquí a fusionar en una sola y misma instancia clínico-política no se da sin guardar una serie de diferencias que, entre carga clínica del trabajo político y carga política de la atención clínica, permite problematizarlas la una por la otra.

Es en primer lugar la diferencia dialéctica que confronta la intervención decolonial en los saberes clínicos a la función tomada por el poder psiquiátrico en la empresa de dominación colonial. No es necesario volver aquí a este aspecto obvio de la crítica fanoniana de la contribución de la psiquiatría colonial, pasando por sus mixturas de positivismo neurobiológico, de criminología, y de antropología naturalizante del “primitivismo”, a la racialización del “indígena”. Más bien subrayaremos la polivalencia táctica que Fanon reconoce en el discurso psicopatológico cuando su instrumentalización ideológica lo pone al servicio, durante la guerra colonial, de intentos de conciliación y de compromiso dirigidos a desestabilizar la resistencia: “El odio es desviado mediante esos hallazgos psicológicos. Los tecnólogos y los sociólogos iluminan las maniobras colonialistas y multiplican los estudios sobre los ‘complejos’ [...]. Se promueve al indígena, se intenta desarmarlo mediante la psicología y, naturalmente, con algunas monedas. Esas medidas miserables, esos revocos de fachada, sabiamente dosificados por otra parte, llegan a producir ciertos éxitos. El hambre del colonizado es tal, su hambre de cualquier cosa que lo humanice –aun limitadamente– es hasta tal punto incoercible, que esas limosnas consiguen hacerlo vacilar localmente [...]. El colonizado corre el riesgo, constantemente, de dejarse desarmar por cualquier concesión”³⁸. El discurso psicopatológico es movilizado, entonces, no tanto para naturalizar la dominación colonial al biologizar la inferioridad racial, sino que como medio para “humanizar” la relación de dominación al psicologizar al indígena, su “necesidad” de ser colonizado, e incluso, llegado el caso, su rebelión contra el régimen colonial³⁹... “[E]l colono lo consideraba como un animal”: ahora se muestra suficientemente comprensivo como para reconocerle toda una complejidad psicológica, no solamente un muy humano “complejo de colonizabilidad”, sino la humana psicología de un “complejo de frustración”, la humana psicología de un “complejo beligerante”, etc. El colono lo trataba como un animal: ahora le concede un alma. En cuanto al texto fanoniano, al instalarse en una continuidad narrativa con las reuniones de militantes, con el tipo de palabra que allí circula y el trabajo de auto-dilucidación que allí se debe conducir, este prolonga el efecto transferencial de desidentificación frente a las “supuestas verdades instaladas en [la] conciencia [del colonizado] por la administración civil colonial”, partiendo por aquellas imágenes jurídico-psiquiátricas forjadas por la psicopatología y la criminología científicas del argelino criminal-nato, mentiroso-

³⁸ *Ibíd.*, 85.

³⁹ Por ejemplo esta declaración, citada más adelante por Fanon, del Decano de los Jueces de una Cámara de Argel: “Toda esta revuelta –decía en 1955–, es un error considerarla política. ¡Cada cierto tiempo tiene que salir ese amor a la barahunda que sienten!”, *ibíd.*, p. 186, n. 2.

nato, ladrón-nato, perezoso-nato⁴⁰, etc.

Pero esta suerte de delegación de la operación clínica en el “militante” produce efectos más complejos cuando se trata, no tanto de transportar sobre el plano del *socius* y del combate político lo que la psiquiatría colonial había boilogizado o psicologizado –o, siguiendo la expresión de Fanon, de deconstruir las identificaciones “vividá[s] en el plano del narcisismo” reproblematicándolas “en el plano de la historia colonial”⁴¹– sino de abrir un campo analítico sobre aquello que podríamos llamar las *catexis narcisistas de la propia lucha política*, y de las formas narrativas en las cuales los agentes se proveen de una inteligibilidad de su proceso. Lo ilustraremos concretamente a través de un segundo ejemplo. Se sabe la importancia que Fanon le asigna al problema de las construcciones-pantalla. Central en el desmontaje del estereotipo de “la impulsividad criminal del norafricano” en la última sección de *Los condenados de la tierra*, se encuentra ya en el corazón de la dialéctica de la contra-violencia del colonizado en el primer capítulo, que detalla la variedad de mecanismos mediante los cuales, por desplazamiento o por “identificación proyectiva”, la violencia colonial es regulada, vacuolizada y desviada hacia objetos substitutivos poniendo a salvo a los agentes reales de la opresión: el cuerpo mismo del colonizado (en las formas de auto-agresión nerviosas y musculares en las que Fanon destaca la tensión espectacular⁴²), prácticas más o menos ritualizadas sacadas de dispositivos culturales, especialmente culturales y mágico-religiosos⁴³, por último, y sobre todo, *el otro*, más exactamente el otro imaginario (individual o colectivo) en el espejo de lo mismo, tal como cada uno “sirve recíprocamente de pantalla” al otro, y que “cada cual oculta al otro el enemigo nacional”, agrediendo mutuamente en una suerte de “autodestrucción colectiva”⁴⁴. Y Fanon precisa que es justamente el reflujo de estas conductas autodestructivas o “hetero-suicidas” en el curso de la lucha de liberación nacional, lo que permite retroactivamente su reinterpretación crítica, como productos de impasses en los cuales el régimen colonial ubicaba a los colonizados. A partir de ahí, el texto fanoniano trabaja sobre una extraordinaria ambivalencia.

Por un lado, el relato fenomenológico de la desalienación y de la desmitificación de la conciencia exige a la lucha de liberación nacional romper las construcciones-pantalla, levantar esas técnicas inconscientes de evasión para

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 184.

⁴¹ *Ibíd.*, p. 190.

⁴² *Ibíd.*, pp. 30-32.

⁴³ Así, el famoso análisis de las prácticas de danza, y de posesión – “esa orgía muscular en el curso de la cual la agresividad más aguda, la violencia más inmediata se canalizan, se transforman, se escamotean. El círculo de la danza es un círculo permisible. Protege y autoriza [...]. Todo está permitido porque, en realidad, no se reúnen sino para dejar que surja volcánicamente la libido acumulada, la agresividad reprimida. Muertes simbólicas, cabalgatas figuradas, múltiples asesinatos imaginarios todo eso tiene que salir. Los malos humores se derraman, tumultuosos como torrentes de lava...”, *ibíd.*, pp. 33-34.

⁴⁴ *Ibíd.*, pp. 191, 192-193; cf. pp. 185-186 para la reinterpretación del concepto de “melancolía homicida” acuñado por Antoine Porot (“Los psiquiatras franceses de Argelia se han encontrado frente a un problema difícil. Estaban acostumbrados, frente a un enfermo de melancolía, a temer el suicidio. Pero el melancólico argelino mata. Esta enfermedad de la conciencia moral que va siempre acompañada de autoacusación y de tendencias autodestructivas reviste en el argelino formas heterodestructivas...”).

finalmente “ver el obstáculo” como tal⁴⁵, sin velo y sin añadidura, *sin historia*, en suma, de destruir las apariencias para hacer “surgir a los verdaderos protagonistas”⁴⁶, lo real bruto por fin visto de frente en el rostro desnudo del *verdadero* enemigo: “En el curso de la lucha de liberación, se asistirá a un desapego singular por esas prácticas. Frente a paredón, con el cuchillo en la garganta o, para ser más precisos, con los electrodos en las partes genitales, el colonizado va a verse obligado a dejar de narrarse historias. Después de años de irrealismo, después de haberse revolcado entre los fantasmas más increíbles, el colonizado, empuñando la ametralladora, se enfrenta por fin a las únicas fuerzas que negaban su ser: las del colonialismo [...]. El colonizado descubre lo real [...] en el ejercicio de la violencia, en su proyecto de liberación.”⁴⁷

Pero por otro lado, el derrumbe de las construcciones-pantalla abre una narración completamente diferente, sin duda bastante más problemática, pero que no es nada menos que *el conjunto de la dialéctica política* que Fanon desarrollará en los capítulos II y III: la dialéctica de la lucha, de sus organizaciones y de sus masas, de sus relaciones de fuerza internas y externas, de sus racionalidades y sus consignas, que por si sola aportará una respuesta a la cuestión de saber “[c]uáles, son las fuerzas que, en el periodo colonial, proponen a la violencia del colonizado nuevas vías, nuevos polos de inversión”, en fin, nuevos objetos y nuevas metas⁴⁸. Lejos del cara a cara “traslúcido” con un real puro y simple, finalmente despejado de sus pantallas fantasmales y de sus derivados mágico-religiosos, es todavía en el ámbito de nombres polémicos e identificaciones conflictuales que progresa la subjetividad anticolonial. Al colonizado se le ordena no contarse más historias, pero es aun por la vía de una historia que Fanon escribirá los avatares, los desplazamientos, las remanencias, las incertidumbres de esta orden; y, lejos de “hacer surgir los verdaderos protagonistas”, toda la narración fanoniana no dejará de complejizar los nombres y diferenciar las figuras a través de la transformación de las líneas de antagonismo, antes como después de la independencia, al punto de marcar con posterioridad el brutal encuentro inaugural de lo “real”, de la problemática irrealidad de una nueva apariencia, sin importar cuán decisiva sea. En el momento, por ejemplo, en el que las aspiraciones de liberación e independencia nacional se ven re-articuladas a lo largo de las divisiones de clase, haciendo pasar “del nacionalismo global e indiferenciado a una conciencia social y económica”, “[e]l pueblo, que al principio de la lucha había adoptado el maniqueísmo primitivo del colono: blancos y negros, árabes y rumies, percibe que hay negros que son más blancos que los blancos y que la eventualidad de una bandera nacional, la posibilidad de una nación independiente no conducen automáticamente a ciertas capas de la población a renunciar a sus privilegios o a sus intereses. [...] Todo era tan sencillo, sin embargo: de un lado los malos, del otro los buenos. A la claridad idílica e irreal del principio, la sustituye una penumbra que quebranta la conciencia. El pueblo descubre que el fenómeno inicuo de la

⁴⁵ *Ibíd.*, p. 32 (“Observamos con plena claridad, en el nivel de las colectividades, esas famosas formas de conducta de prevención, como si anegarse en la sangre fraterna permitiera no ver el obstáculo, diferir hasta más tarde la opción, sin embargo, inevitable, la que desemboca en la lucha armada contra el colonialismo”).

⁴⁶ *Ibíd.*, p. 191 (“La guerra de Argelia, las guerras de liberación nacional hacen surgir a los verdaderos protagonistas”).

⁴⁷ *Ibíd.*, p. 34. [N. del T.: Traducción ligeramente modificada].

⁴⁸ *Ibíd.*, p. 35.

explotación puede presentar una apariencia negra o árabe⁴⁹. Así, aun en el momento donde las alianzas, los compromisos personales y las solidaridades comunes se multiplican, “el pueblo deberá igualmente abandonar el simplismo que caracterizaba su percepción del dominador. La especie se descompone ante sus ojos. En torno a él advierte que ciertos colonos no participan en la histeria criminal, que se diferencian de la especie. Estos hombres, que eran rechazados indiferentemente en el bloque monolítico de la presencia extranjera, condenan la guerra colonial. El escándalo estalla realmente cuando algunos prototipos de esta especie se pasan del otro lado, se convierten en negros o árabes y aceptan los sufrimientos, la tortura, la muerte. [...] La conciencia descubre laboriosamente verdades parciales, limitadas, inestables. Todo esto, sin duda, es muy difícil.”⁵⁰

No es solamente confirmar que estamos tratando aquí, precisamente, con una dialéctica, consignando en su desarrollo las posiciones iniciales de una conciencia todavía abstracta e indiferenciada. Mientras que se desmoronaría un maniqueísmo anticolonial inicialmente calcado sobre el maniqueísmo colonial⁵¹, la narración fanoniana re-instalaría, a través de su desarrollo, su propio punto de partida aclarando a la vez sus límites y finalmente negándolos. Pero esta lectura arriesga minimizar aquello que se inscribe simultáneamente sobre la *superficie clínica* del texto fanoniano, donde el tiempo narrativo del proceso de liberación y de su “consciencia” coexiste con el tiempo de remanencia, de fijación y de posteridad, afectando el juego de designaciones e identificaciones de un equívoco insuperable, y dejando subsistir, bajo la aparente positividad llena de “verdaderos antagonismos”, la sobredeterminación de sus *significantes* y los desplazamientos de sus *representantes* durante el conflicto. Tal es precisamente el propósito del primer ejemplo clínico ofrecido en el último capítulo, incluso antes de la exposición de las “notas psiquiátricas”. Es tanto más significativo que reenvía no directamente a una violencia sufrida por el colonizado, sino a una violencia ejercida por un antiguo militante: un hombre que combatiendo en un país africano que había conquistado ya su independencia, había causado la muerte de diez personas en un atentado, y habiendo simpatizado luego con los ciudadanos [*ressortissants*] de la antigua nación ocupante que saludaban el coraje de los patriotas en la lucha de liberación nacional, se encontraba ahora preso, cada año al acercarse la fecha en que el atentado había sido cometido, de ataques de ansiedad y de “ideas fijas de autodestrucción”⁵². El drama no proviene de lo que él habría confundido, engañado por una pantalla que oculta los “verdaderos protagonistas”; proviene *justamente* de que *no* se habría confundido de protagonistas cuando su realidad tenía por nombres “el colono”, “el régimen colonial”, “el colonialismo”, y hasta otros nombres que redistribuyen lo que es “verdadero”, ofrecen otros rostros a lo “real”, y narran de otro modo el hecho de no narrarse más historias. Por lo que, en efecto, “nuestros actos no dejan de perseguirnos jamás. Su apariencia, su orden, sus motivaciones pueden perfectamente modificarse de manera profunda a posteriori”⁵³, como aquello que, en el acto de este hombre, venía a reescribirse en el reflujo de un significante indiferenciado del “colonizador”, a partir de ahora resignificado en un relato donde figuraban los colonos-simpatizantes de la

⁴⁹ *Ibid.*, p. 87-88.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 88-89.

⁵¹ *Ibid.*, p. 50, p. 84.

⁵² *Ibid.*, p. 155.

⁵³ *Ibid.*, p. 155, nota al pie.

liberación, en el que la melancolización posterior devolvería sobre el sujeto la violencia anticolonial que él había ejercido, esta violencia que Fanon había descrito pacientemente como siendo ya un retorno de la agresividad que el colonizado inicialmente había sido reducido a dirigir contra sí mismo.

La pregunta que estas observaciones dejan finalmente abierta sería la de saber cómo, en el punto de transacción, de transferencia, de translación entre cuidado clínico y combate político, puede ser pensada una carga clínica de la propia función política. Y la manera en la que un campo analítico, integrado al trabajo de elucidación que los militantes tienen que hacer sobre ellos mismos, y volviendo audible el trabajo del síntoma, viene a deconstruir la coherencia del relato político de la consciencia decolonial y a complejizar la dialéctica fenomenológica e histórica de su desarrollo. Consideremos un último ejemplo de la manera en que el texto fanoniano lo hace él mismo oír. El desafío central de este trabajo de auto-elucidación es, según Fanon, el hecho de que no hay ninguna conversión mecánica de los progresos de la lucha de liberación en lucidez de la consciencia que se reconoce sujeto. Si esta lucha consiste, de una u otra manera, en romper cada vez más irreversiblemente con la situación colonial inicial, esa donde “[e]l pueblo colonizado se ve reducido... a un conjunto de individuos que no se fundan, sino en la presencia del colonizador”⁵⁴, Fanon subraya igualmente la importancia de no “esperar que la nación produzca nuevos hombres”. Con lo cual no solamente apunta a un objetivismo que confía ciegamente en los beneficios futuros de un Estado independiente, ni a la inversa, un espontaneísmo que apuesta a que “en perpetua renovación revolucionaria, los nombres se transformen insensiblemente”⁵⁵: llama la atención sobre la vigilancia que reclaman los desplazamientos sobre una nueva figura del gran Otro – aunque sea la *Nación* para la cual se combate, tanto más sobrecargada cuanto que se extrae de ella el nuevo “fundamento” de lo que *se es*. Pero que esta vigilancia a su vez no ocurra sin dificultad, el texto mismo puede hacerlo audible más allá de lo que dice Fanon explícitamente, cuando escribe que “[l]a práctica revolucionaria si quiere ser globalmente liberadora y excepcionalmente fecunda, exige que nada de insólito subsista”, al precio de una especie de hiperbolización maníaca que hace “[sentir] con singular fuerza la necesidad de totalizar el acontecimiento, de llevar todo consigo, de reglamentar todo, de ser responsable de todo”⁵⁶. Pero una vez más, el objetivo no puede ser el de someter el texto fanoniano a una lectura sintomal, sin cuestionar a cambio los recursos que él mismo ofrece para identificar mejor las fuentes y las implicancias relativas a la *potencia política del síntoma*, esa que Fanon da a pensar, y que además su propia escritura de la política supone y pone en juego. Al exhibir los presupuestos *indisociablemente clínicos y políticos* de su propia estrategia narrativa, no deja de hacer audibles las líneas *impolíticas* que ella contiene. Al anclar el análisis político en un “real” donde se articulan la materialidad de las luchas (del que se trata de formalizar las contradicciones y los desarrollos tendenciales) y las dinámicas del síntoma (que la puesta en juego discursiva, aunque no tematizada, sustrae al campo del cálculo y de la decisión políticas), estos presupuestos devuelven el pensamiento de Fanon a su inestabilidad interna. Ellos inscriben *a la vez* aquello que le da asidero en lo real

⁵⁴ *Ibíd.*, p. 182.

⁵⁵ *Ibíd.*, p. 189 (“Es verdad que estos dos procesos son importantes, pero hay que ayudar a la conciencia...”).

⁵⁶ *Ibíd.*

político de su coyuntura, y los límites que le imponen esas dinámicas imposibles de codificar estratégicamente, imposibles *a fortiori* de “dominar” políticamente, albergando en la discursividad misma del texto fanoniano la indecidibilidad de los procesos subjetivos con los cuales el combate político sin embargo debe contar.